

El caníbal

El caníbal
John Hawkes

Traducción de Jon Bilbao

Título de la edición original: *The Cannibal*

Primera edición en Libros del Silencio: marzo de 2012

© John Hawkes, 1949

© de la traducción, Jon Bilbao, 2012

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2012]

Provença, 225, entresuelo 3.^a

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

www.librosdelsilencio.com

Diseño de la colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Maquetación: David Anglès

ISBN: 978-84-939433-7-0

Depósito legal: B-6.357-2012

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Sophie

Hoy existe una ciudad en Alemania, no puedo decirles dónde exactamente, que tras un enorme esfuerzo ha superado la desgracia que asola muchos pueblos derrotados del continente. Ha prosperado despacio, bajo mi guía, durante tres años, y estoy casi del todo satisfecho con los progresos realizados. Es un oasis donde reconstruir nuestro pasado; allí el pueblo se siente seguro. Pero hasta el momento, el mundo exterior no ha oído ni una palabra acerca de este lugar, puesto que creí más apropiado que mi gente reservara su felicidad y su valentía para sí misma.

Sin embargo, me he visto obligado a abandonar la ciudad por un corto período y, estando fuera, he tomado una decisión. Contaré nuestra historia. Las cosas que quedan por hacer pesan sobre mi conciencia, y no puedo permitir que el notorio frenesí de las ciudades extranjeras me distraiga. En este momento, aunque estoy disfrutando de mi estancia aquí, permanezco a la espera, y, sin lugar a dudas, a la primera oportunidad regresaré.

PRIMERA PARTE

1945

Uno

Fuera de los límites de la ciudad, más allá de las casas pobres, impermeabilizadas con una mano de alquitrán, y de una colina desnuda salvo por postes eléctricos abatidos, se encontraba el sanatorio psiquiátrico, cuyos delicados y solitarios edificios se alzaban sobre el suelo de grava y ceniza del valle. Proveniente de allí, un día de principios de primavera, a pie y empleando la rama de un arbolillo como bastón, llegó Balamir, sombrío, tambaleante, para caer en las manos de madame Snow. De igual forma, todos los hermanos dementes de Balamir vagaron más allá de los senderos de grava en busca de cualquiera que los proveyera de algo de comer o de la codiciada bebida. Madame Snow lo acogió y lo puso a trabajar cavando en el sótano, en el búnker, donde no había más que pilas de escombros, el aire estaba enrarecido y él añoraba su hogar. Sus desvalidos hermanos fueron desapareciendo entre las ruinas, grupos enteros de golpe, en las calles misteriosamente desiertas y en oscuras y remotas granjas donde las contraventanas siempre estaban cerradas. Fueron absorbidos por

la ciudad. Y aun así la población no aumentó. Por las noches deambulaban las mismas sombras marrones de siempre, los mismos harapos puestos a secar colgaban en el aire helado durante semanas, y el agente del censo seguía despatarrado, indolente tras su escritorio, flaco y borracho, con la gorra azul torcida. El sanatorio se había quedado totalmente vacío, los médicos y las enfermeras habían partido hacia tierras lejanas, con miradas extraviadas y rostros macilentos, y en los esbeltos edificios no se oía sonido alguno. Cada día, desde la colina, niños escuálidos contemplaban aquel caparazón hueco de insecto, que era todo lo que quedaba de la que en otros tiempos había sido tan eficiente institución.

Sobre la ciudad, asomaba hasta gran altura una torre de acero mellado, sin banderas, sin edificios que le hicieran sombra, imponiéndose a todos ellos en el azulino y gélido anochecer. Unos escalones de acero, inclinados y amenazadoramente expuestos, ascendían hasta lo más alto de la torre. Balamir no podía verla. El ventanuco del sótano junto al que realizaba los descansos, la pálida piel húmeda bajo la mansa luz del final del día, estaba cegado con planchas metálicas. Montañas de ladrillos y mortero se veían empujadas a las cunetas como si fueran nieve; con la llegada de la noche, la oscuridad se tragaba los muros derruidos; y a lo largo de las calles desoladas discurrían hileras de carritos de vendedores ambulantes, todos abandonados. Balamir no tenía nada para protegerse del frío. Las corrientes de aire azotaban el rostro de ancha frente y la sedienta garganta, y se colaban bajo el cuello rígido y alzado de su abrigo. En el sótano, húmedo y frío, no había espacio suficiente

para desenterrar los objetos escondidos bajo el suelo: el banco de madera, el enorme y sinuoso jarrón, el escritorio mohoso y las cazuelas heladas, dispuestas en montones desordenados. Retiraba la tierra, formando pilas que subían hasta las vigas, y no había sitio para más. Las paredes amortiguaban y devolvían sus aullidos nocturnos. Mientras trabajaba hincando y alzando la pala, o mientras miraba anhelante hacia la ventana, en los pisos superiores susurraban pies envueltos en papeles, y en las cocinas de la ciudad las velas parpadeaban, latas de sopa aguada se calentaban sobre carbones destellantes, y lloriqueaban los niños. Las librerías y las farmacias estaban destrozadas, y el viento sacudía atrás y adelante las páginas de los libros, mientras que, procedente de coloridas cajas de cartón, el detergente barato se esparcía por las calles como una fina nieve. Los pies aplastaban envoltorios de papel maché de caramelos. En los distritos remotos, en bandas de cuatro o cinco, los hermanos de Balamir saltaban sobre baches, corrían por la tierra helada persiguiendo al ganado, furiosos y muertos de frío, haciendo girar los brazos como aspas de molino, o bien se apiñaban alrededor de débiles hogueras, riendo y muertos de frío. Algunos de estos hombres, tras haber empuñado hachuelas o cuchillos y haber sufrido un episodio de furia, caminaban atrás y adelante en las celdas de la cárcel, dándose puñetazos a sí mismos y maldiciendo con incoherencia. Los demás, incluyendo a Balamir, ignoraban hallarse fuera de los altos muros del sanatorio. La ciudad seguía teniendo el mismo número de habitantes; los ladrones que estaban en la cárcel habían sido enviados a sus casas para mantener el censo constante.

Madame Snow, la propietaria del edificio, vivía en el entresuelo, encima del sótano. Ahora sería abuela si el hijo de su hijo no hubiera muerto cuando no era mayor que un pajarillo, en una explosión a menos de una manzana de distancia. Una serena mañana, los campos helados que rodeaban la ciudad se resquebrajaron bajo el ruido sordo de las detonaciones, y en los oídos de madame Snow quedó un silbido carente de sentido. Pero los asexuados hijos de su hermana sí habían sobrevivido, para arrastrarse temerosos por habitaciones deshabitadas. Durante meses, antes de la llegada de Balamir, madame Snow había estado observando la llegada de los hombres macilentos que se apeaban de maltrechos camiones, a la espera de ver regresar a su hijo. Cuando finalmente llegó, con su muñón y las muletas, provistas estas de unas anillas de acero en torno a las muñecas para prestarle soporte adicional, ningún dígito fue añadido a la lista repleta de tachones del agente del censo. Volvió junto a su mujer, a las habitaciones encima del cine, y a partir de entonces se dedicó a trabajar con la negra máquina en la sala de proyección, exhibiendo cada día la misma película borrosa a un auditorio vacío. Madame Snow no volvió a verlo. Ella trabajaba como conserje, discutía con los inquilinos y les prestaba consuelo; o bien se sentaba en una vieja silla adornada con pan de oro y remendaba harapos o descabezaba un ave de corral, aunque esto último sucedía escasas veces. Los salones del edificio ya no olían a cerdo asado ni a repollo hervido, en ellos ya no resonaban las risas; permanecían oscuros y fríos, manchados por las huellas de barro que las botas de los inquilinos habían dejado.

El edificio, ahora deteriorado y anodino, formaba parte de una hilera de fachadas tiznadas de hollín. El canal de riego fluía al otro lado de la valla trasera. Muy próxima, en la misma calle, se elevaba la torre de acero. Cuando madame Snow se asomaba entre las cortinas y veía que un niño con gorra negra de corte marcial, tirantes de cuero y pantalones cortos pasaba por la calle, lo contemplaba hambrienta antes de forzarse a retroceder a la oscuridad. En el tercer piso se hallaba el apartamento del agente del censo, que siempre dejaba su capote cho-reante en el recibidor del edificio. Herr Stintz, un maestro de escuela tuerto, vivía en el cuarto, y encima de él, con sus hijos y sus plantas macilentas, vivía Jutta, la hermana de madame Snow. Herr Stintz, antiguo miembro de la banda de música, tocaba la tuba hasta altas horas de la noche, y las notas llovían sobre los adoquines y traían el recuerdo de botas que marcharon. El inquilino que vivía en el segundo había salido.

—Adelante —dijo madame Snow a Balamir—, pasa. No hace mucho calor, pero sí lo bastante para que te quites el abrigo. Estás en tu casa.

Balamir sabía que no estaba en su casa. Miró la pequeña mesa donde madame Snow había estado jugando al solitario y la silla que ocupaba, que tenía adornos dorados. Contempló los dibujos de los naipes. Inspeccionó con la mirada la palaciega habitación, y se quedó perplejo ante las espirales talladas en la puerta de roble y la altura del techo, oscuro y cubierto de telarañas.

—Siéntate —dijo madame Snow, recelosa de tocarle el brazo—, siéntate, por favor.

Pero él no se sentó. Nunca tomaba asiento en presencia de otra persona. Permaneció en pie en el centro de la habitación y un gato escuálido se restregó contra su pierna. Vio entrar a un asistente. Llevaba una gorra inclinada sobre el rostro y unos chanclos demasiado grandes. Entregó un fajo de papeles manoseados a madame Snow y salió como una sombra.

—¿Te apetece un té?

Un momento después él se miró las manos. Vio agua de la que emanaban volutas de vapor y una única hoja con forma de estrella que giraba lentamente cerca del fondo de la taza. Vio esparcirse un color pálido, que ascendió por la porcelana hacia sus dedos, vio girar la estrella y la taza le recordó a la luna. Pero no bebería. La mujer lo observaba de reojo. Apenas quedaba luz. El pelo de Balamir estaba mugriento y él parecía decidido a no tomarse el té. Más tarde, abajo, en el sótano, Balamir volvió a ponerse el abrigo, pues tenía frío, y aguardó en pie hasta que ella hubo subido los escalones de piedra.

—Buenas noches —dijo ella, e hizo girar la llave de latón.

El hijo de Jutta, con los zapatos desatados y los labios blancos por el frío, huía a través de la oscuridad por un sendero abierto entre los escombros, tropezaba con los cascotes, se escurría bajo hierros en equilibrio inestable y a través de ventanas hechas añicos; intentó llorar y siguió corriendo. Lo seguía un hombre encorvado que hacía oscilar un bastón. El niño pasó junto a un muro acribillado por impactos de bala y manchado por los dedos de un defensor muerto, y tras él el hombre tosió.

La carnicería de la ciudad estaba cerrando y las frías hebras de carne que habían quedado sin vender colgaban de ganchos.

Pendían de ellas mechones de piel y sinuosas venas. Aquella carne no había sido sometida a ninguna inspección ni estaba sujeta a sanciones oficiales. La rodilla del niño se enredó en una alambrada.

La ciudad, en el centro de un paisaje carbonizado, había perdido toda su antigua distinción. A la única estatua ecuestre le habían arrancado la cabeza y las patas delanteras, los mendigos buscaban refugio debajo y presentaba un aspecto demacrado bajo una malvada luna cubierta de nubes. Trenes traqueteantes invertían la marcha al encontrarse con los raíles retorcidos que florecían, como en una primavera salvaje, en un extremo de la ciudad, y los campos, sembrados de cráteres producidos por los obuses, se desplegaban solitarios, anhelando bestias y personas. Mientras que las viejas familias de la ciudad volvían a escarbar en las orillas del canal o a deambular vestidas de negro en busca de alimento, los antiguos pacientes del sanatorio preferían las colinas. No eran más que nombres en un papel. Y si el papel ya no existía, ni siquiera eso; a nadie le importaban. Ancianos aterrorizados agonizaban entre terribles toses. Jutta traicionaba a su marido desaparecido en la guerra y daba a luz a un segundo hijo. La ciudad, asentamiento humano con un millar de años de antigüedad, estaba tan flácida y descompuesta como el cadáver de un toro con la lengua cubierta de hormigas.

El jefe de estación, sentado en una silla de mimbre y abrigado con una manta, fumaba una pipa ante un panorama de bancos solitarios. Ya no alzaba la bandera roja ni bajaba la amarilla. Ya no había señales luminosas que parpadearan ante sus

ojos y lo distrajeran de sus recuerdos de la guerra de 1914. No tenía nada que comer y no tenía nada que decir. Hombres oscuros tocados con amplios sombreros y cubiertos con capotes estaban pintados en las paredes de la sala de espera de la estación. Dagas de plata y otras reliquias saqueadas de conventos habían sido almacenadas en baúles o llevadas a tierras extranjeras. Las campanas de la ciudad ya no sonaban. Las hogueras en las cunetas y las pilas de estiércol que ardían lentamente en las granjas colmaban el aire, los patios de las casas, las tiendas vacías y las despensas con un tufo pungitivo.

El alcalde, que seguía poniéndose la descolorida faja encarnada representativa de su cargo, estaba demasiado confuso para saber lo que sucedía en su ciudad y pasaba hambre como todos los demás. Ignoraba cuanto ocurría más allá de su puerta. Los poderosos caballos de huesuda raza belga, monstruos de mirada lánguida y fuerza inmemorial, habían sido requisados de las granjas para tirar de los camiones cargados de munición cuando se acabó el combustible, y no quedaba más que una bestia gris que vagaba en busca de pasto, sin propietario, acercando el morro a los desagües. Por las noches el animal asustaba al alcalde, que oía los cascos desherrados en el jardín. El caballo estaba cada día más delgado y más salvaje. Los niños corrían tras él agarrados a la cola o deambulaban en pequeños grupos luciendo cascos teutónicos hechos de cartón, con las caras arañadas y las uñas largas. Al empleado de pompas fúnebres ya no le quedaban productos para embalsamar los cadáveres; la única enfermera del hospital, vieja y gorda, no tenía nada que comer. Las banderas estaban hundidas en el fango, de las lino-

tipias no fluían cadenas de palabras y por las noches la voz de la ciudad se reducía al débil sonido de la tuba de Herr Stintz. Las fachadas estaban salpicadas de arena proyectada por los obuses, arena que también se colaba en los vestíbulos de las casas, donde las gallinas dejaban rastros asustados. Sacos de arena podridos asfixiaban los arbustos, llenaban el aire del olor húmedo de la arpillera, y cuando terminaban de deshacerse dejaban calvas blancas en el suelo.

Los vecinos de la ciudad habían visto partir a los hombres a paso de marcha y más tarde los habían visto regresar, contagiados de enfermedades venéreas o con las orejas arrancadas. Una noche presenciaron asombrados cómo el escudo de armas de la fachada del ayuntamiento desaparecía entre llamas y humo, como si se tratara de una profecía a la que todos, junto con sus hijos, tuvieran que hacer frente, y ante la que solo podían llorar con amargura. El alcalde había perdido la partida, había asistido con los ojos cerrados a ejecuciones de conciudadanos y en la médula de los huesos sentía desmoronarse la ciudad. Todos los negocios se llevaban a cabo mediante trueque, tras haber sacado el papel moneda del banco y haberlo empleado como combustible, y entre las rejas de las ventanas del sanatorio la capa de telarañas era cada vez más densa. Un carro de combate calcinado en una carretera al norte de la ciudad se hallaba poblado por fantasmas que al anochecer bajaban a beber al canal.

El jefe de estación vio, a través de una ventana que viejos pasquines habían cubierto casi en su totalidad, cómo el niño tropezaba con un carril arrancado, y luego vio acercarse al hombre del bastón, la sombra de este alargándose a medida que

se aproximaba a la luz de la pequeña oficina. Jutta esperaba mecido sobre la rodilla, arriba y abajo, a su hambrienta niña. El húmedo olor del canal se pegaba a los calzoncillos largos y los pantalones que los soldados habían dejado abandonados en los portales, y una vaca muerta en un campo parecía hecha de mármol. En el tenue anochecer, madame Snow se inclinó sobre los naipes. Las fuentes de plata, las copas y las enormes soperas perdían el lustre y se cubrían de una capa de polvo. La luz del ocaso ponía en evidencia el rojo desvaído o el aburrido beige de las fachadas de las casas; las vigas y los graneros quemados eran negros. El verde de los repollos se había convertido en blanco, y los coches aparcados a un lado de la calle, con las ruedas pinchadas, eran de un rojo sangre. Todo el mundo vestía de gris y llevaba colgadas de los hombros cananas vacías. Todos mendigaban o hacían cola por comida. Se daban puñetazos en la frente.

Durante aquellos inviernos madame Snow no podía creer que lo peor aún estuviera por llegar. Depositaba toda su fe en puñados de billetes sin valor, en la nobleza de los victoriosos, en monedas adornadas con efigies de hombres de valía. Prendas de gasa que antes habían sido elegantes yacían en el fango y las mujeres vestían abrigos con charreteras y botones de latón. Tiempo atrás, cuando los pacientes del sanatorio se amotinaron, fueron las mujeres quienes los doblegaron a golpes, al tiempo que chicas de mirada fogosa y con las rodillas a la vista invitaban a los oficiales a noches de diversión. La mano de obra, los ejércitos y los bruñidos y poderosos armamentos habían desaparecido, la oscuridad imperaba sobre todas las co-

sas, y las mariposas y la hierba eran seres antiguos que algunos niños nunca habían visto. Los trenes de mercancías habían sido acribillados e incendiados, y ya no regresaron. Las llaves de todas las máquinas fueron fundidas juntas. «*Wohin gehen Sie?*», gritaban los demonios, y el estruendo de las botas dejó de resonar en los barracones.

Con el tiempo, bajo la protección de madame Snow, Balamir llegó a creerse un príncipe. Seguía trabajando solo. Aún recordaba el olor y el sabor de los medicamentos del sanatorio. Luchaba contra las formas espantosas e intangibles que brincaban desde los cajones. Anhelaba estar en las montañas, saltar de risco en risco, deslizarse sobre campos nevados y descubrir oro al pie de árboles retorcidos. Anhelaba cuidar ovejas y ser un perro desgarrado que conducía al rebaño por verdes laderas. Anhelaba vivir en una cueva. Por las noches, entre las planchas metálicas que cubrían el ventanuco del sótano, se formaban carámbanos, y Balamir empezó a entretenerse pensando en las joyas que pendían de las orejas de madame Snow, comenzó a esperar el sonido de la llave en la cerradura. Escuchaba el único instrumento musical que quedaba en la ciudad, cuyas notas resbalaban sobre las tejas de pizarra y descendían por el canalón, pero ya no había voces que celebraran la destrucción de los judíos. No había dónde comer en Spitzen-on-the-Dein, las mesas se hallaban apiladas unas sobre otras, perforadas por las balas. En algunas ocasiones Balamir oía campanas que repicaban en los valles de los Alpes, y entonces trepaba hasta lo alto de los montones de tierra y trastos viejos y se imaginaba en una colina nevada. Dormía en un

catre del ejército, echaba de menos los abetos y, mientras se afanaba cada día acarreando sillas viejas, somieres de muelles y marcos de cuadros, sentía que sus fuerzas iban apagándose. Recordaba álbumes de fotos con imágenes de feroces tigres y los días en que se llevaban galones plateados y polainas, los días en que desde las cordilleras hasta la *Brauhaus* proliferaban los salones de espectáculos, y en que los hombres trepaban a las cimas de las montañas tan solo para probar unos prismáticos nuevos. Luego pensaba en aquel burro de graciosa cola y en los huesos humanos convertidos en comida. Ahora el cuartel estaba vacío; su padre, que había sido el káiser, estaba muerto; y las enfermeras habían sido relegadas de sus cargos en el sanatorio para incorporarlas al ejército. Tomó la costumbre de sentarse en lo alto de las escaleras, a esperar que se abriera la puerta.

Madame Snow —conocida como Stella Snow en los días de botines, parasoles y fastuosos bailes— había sido aficionada a los caballos de doma blancos, los hombres de espalda cuadrada y tocados con cascos picudos, y también a las salchichas rollizas como muslos de cerdo que colgaban en la cocina de su casa, grande como un palacio. Cuando era apenas una niña, tenía el busto muy desarrollado para su edad y en numerosas ocasiones se sentaba en un palco dorado en la ópera, sintiendo cómo se le entumecían las piernas, rígida como si posara para una fotografía. La comida en casa de su padre se servía cubierta de láminas de manteca y ella comía peras gigantes, de una variedad híbrida, que tomaba de una cesta que había junto a su cama. Salía con jóvenes vestidos de negro, capaces de hacer galopar un caballo hasta reventarlo en un día de in-

vierno y luego abandonarlo para que se congelara, momento en que el ángel del infierno acudía para posar su mano sobre la bestia; o alternaba con estudiantes con bigote que usaban sombreros adornados con cintas de colores. Tenía antojos de dulces importados de Francia y Holanda, los amantes cantaban con voces estridentes bajo su ventana y, cuando eran expulsados a puntapiés, le hacían pensar en cisnes que se alejaban volando. Poseía una boca envidiada por los invertidos, y, cuando el sordo ruido de los cañones comenzó a inquietar el país, esa boca se cerró con firmeza y ella empezó a leer. La imagen de cera de una santa reacia a practicar milagros, ese fue el aspecto que ofreció cuando su madre se desplomó ante ella en plena calle, mientras regresaban de hacer compras, con un trozo de metal asomándole del pecho, después de que se estrellara el avión. Un policía hizo sonar su silbato y, ante los asombrados ojos de Stella, la gente corrió como cucarachas hacia los escondites más cercanos. En aquel momento le acudieron a la mente imágenes de las barandillas de mármol y de candelabros con varias generaciones de antigüedad, y vio a hombres misteriosos embarcar en naves cubiertas de hielo. Las ametralladoras tabletearon quedamente en los bosques devastados. Su hermana, joven y huraña, arrancaba páginas de los libros y brincaba por la nieve. Stella se entregó a los naipes, a cantar, y luego de nuevo a los naipes, y mientras tanto esquivó luchas bárbaricas y se abrió paso por una época acorazada, convirtiéndose en una respetada anciana.

Las puertas estaban cerradas y las velas encendidas. Jutta acariciaba a la delgada y andrógina niña, mientras su hijo huía

sobre la fría tierra, desmadejado como un muñeco. Eran muchos los niños que habían acabado aplastados bajo las suelas de los monstruos. Los tambores marciales habían dejado de sonar, aunque las mujeres seguían enjugándose las lágrimas con el dobladillo de las faldas. Las sombras que se cernían sobre el chico parecían las bestias de un circo, rugían desde los portales desiertos sin nada que llevarse a las fauces. El viento aullaba como cuando se desliza sobre los alerones de un avión. El niño corría, pero solo un observador muy agudo habría podido distinguir que se trataba de un niño; su rostro, sus manos y su pelo eran tan ambiguos como los de su hermana, y la luz de sus ojos, tan diáfana y triste como la noche. Tras él, el duque se colgó el bastón del antebrazo para ajustarse los guantes de ante. Después prosiguió la persecución, los bajos de sus pantalones manchándose de barro. Cuando la luz se apagó en la carnicería, el niño aceleró y corrió todo lo rápido que pudo.

Las contraventanas de la casa del alcalde estaban cerradas, como lo habían estado desde la época de los ataques aéreos. El cuello de su camisa de dormir estaba sucio y gastado, y el alcalde se cubría la cabeza con las mantas. Llegaban hasta él olores de madera mojada, piedra y plumas de ganso. Y cuando oyó correr a alguien en la calle se echó a temblar; como alemán que era, conocía el significado de un escudo de armas y la responsabilidad que este implica, conocía el terror que sufre la gente sometida a privaciones y abandonada por unas autoridades que antes mantenían a raya a los criminales. El duque pasó junto a la casa del alcalde sin pizca de miedo a ser detenido, silbando tranquilamente. Pero su mirada era aguda. Le extasiaba el aro-

ma de la presa. Entonces surgió un hombre de la oscuridad, procedente de un callejón, con las manos húmedas y el aliento oliendo a alcohol. Se tambaleó y los dos chocaron justo bajo la ventana del alcalde. Era el agente del censo. Estaba borracho. Retrocedió unos pasos y contempló la alta figura.

—Ah, duque —dijo.

—Se equivoca usted —respondió el duque, y siguió adelante.

No se oyó nada más. Hacía años que la gente no se detenía a charlar, salvo frases inconclusas, como: «Madame Snow me dijo que yo iba a morir...». Y eso solo ocurría en casos de la más extrema confianza y siempre en voz baja; todos temían los oídos extraños y las miradas poco comprensivas. Incluso cuando la puerta de la carnicería se cerró, fue como si dijera: «Tranquilos. En realidad no estoy cerrada». Mucha gente aconsejaba: «Cree solo en estas diez cosas: la maldad es una parte integrante de la vida; nuestros progenitores fundaron el Estado; desde entonces las prisiones se han vaciado; la corona debe pasar de mano en mano; Stintz es un diablo disfrazado que representa un peligro para nuestros hijos; el dinero no durará para siempre; hoy incluso los cerdos van armados; uno de nuestros demonios es el mero discurrir de los días; no debemos olvidar los ritos de Wittenberg;^{*} y nuestras airadas esposas siempre acaban alejando a patadas a las chicas guapas». Cuando hablaban de

^{*} Referencia a la ciudad de Wittenberg, lugar donde Martín Lutero inició la reforma protestante. Fue en la puerta de la iglesia de Todos los Santos, ubicada en esta localidad, donde Lutero clavó sus noventa y cinco tesis en 1517. (*N. del T.*)

las inclemencias del tiempo o de la escasez de ropa, se referían a los Dioses de la Derrota, cuya atención era mejor no atraer. Y cuando conversaban, sus labios apenas se movían, como si fueran incapaces de creerse sus propias palabras, pues siempre se hallaban en guardia ante la aparición de un agente enemigo que los denunciara o, en el mejor de los casos, se riera de ellos. Eran miembros de la raza nórdica y, por tanto, silenciosos. Los gritos tribales se habían extinguido mucho tiempo atrás.

El agente del censo se alejó, temeroso de hacer ruido. El cinturón se le hundía en la cintura, sus ojos bailoteaban como si recorrieran columnas de cifras. En el fondo de su mente se reavivó el odio hacia el alcalde, quien había asistido a ejecuciones de sus conciudadanos con los ojos cerrados. Se acomodó la gorra para que le tapara mejor las orejas. Después llamó suavemente a la puerta del *Crooked Zeitung*, el periódico local. Se dejaba caer cada noche por la redacción, momento en que se le alegraba el ánimo y sentía regresar parte de la excitación de antaño. Los tipos de plomo estaban incrustados entre sí, las planchas habían sido machacadas a golpe de martillo, y el olor a pegamento y la luz que se colaba a través de las contraventanas tuertas llenaban la oficina. Los escritorios de tapa corredera estaban hechos trizas y los ratones correteaban entre los frascos de tinta amontonados en los rincones.

El marido de Jutta había sido el propietario del periódico, pero desapareció, al igual que otros miles de hombres, en Siberia, y yo, Zizendorf, su amigo, me pasaba ahora los días rememorando el pasado. Yo también aguardaba con ansia esa hora posterior al anochecer, cuando llegaba mi visita y yo podía de-

jar de pensar en líneas de palabras invertidas y en los botines de guerra obtenidos en París y luego perdidos. Yo era el editor, pero mis dedos eran demasiado torpes para pulsar las teclas.

—Buenas noches, editor —me saludó el agente del censo—. ¿Qué tal estás esta noche?

—Toma asiento —dije.

Siempre hablábamos durante una hora. Bebíamos mientras nuestras miradas se paseaban sobre las telarañas y recordábamos canciones que ya no se podían entonar. Pero aquella noche, tras la charla, teníamos algo que hacer. Hablamos de naderías sin apenas ocultar las sonrisas. Nos acomodamos la ropa, bebimos con lentitud y aplicación, sabiendo que nos pondríamos en acción en cuanto llegara el momento.

—Bueno, seguimos sin gobierno —comenté mirando por encima de la montura de acero de las gafas.

—Amigo mío, esta noche solo puedo pensar en la abundancia. Recuerdo los trajes caros y las luces brillantes. Pero estás en lo cierto, no tenemos nada.

Sonreímos, con las piernas estiradas y el humo manando de unos cigarrillos que habíamos atesorado para disfrutar de ellos en aquella precisa ocasión. El queroseno ardía despacio y nuestros problemas nos parecían tan endeblés como su llama. A veces yo pensaba en el marido de Jutta, que había sido un buen compañero, tanto en el trabajo como en las cervecerías, pero con más frecuencia recordaba al pastor protestante al que yo había matado a tiros. Me acordaba de los perfumes y las joyas, las máquinas de escribir que ya no funcionaban y las palabras que no manaban. Oímos el susurro lejano del agua en el

canal. Allí fuera el hambre aumentaba. Las sombras crecían en la oficina.

—¿Nos vamos? —preguntó el agente del censo.

Él sentía aumentar el calor en su interior. Me puse la sobaquera, apagué la luz y salimos.

La niña de Jutta se llamaba Selvaggia y cuando estaba desnuda parecía una estatua de mármol. Sus enormes ojos estaban siempre asustados, aunque la única persona en el mundo de la que tenía miedo era Herr Stintz. Ese hombre, que vivía un piso más abajo, estaba tocando una pieza fúnebre con su tuba, y su brillante cabeza se reflejaba en el instrumento mientras la gravedad de los sonidos descendía más y más, cromáticamente. La madre sostenía a su hija, que, a horcajadas sobre la rodilla de la mujer, se mecía como una fruta que formara parte del estampado de la manga de un quimono, sin llegar a caerse nunca. La madre estaba muerta de hambre, una mujer que en el pasado se había atracado de nueces, crema, carne y chocolate, pero ahora, por las noches, se sentía tan mal que sus hijos ni siquiera podían imaginarlo. La cabeza de Jutta funcionaba como la de un hombre, y de hecho su rostro parecía masculino, pero sus entrañas continuaban siendo las de una mujer. El maltrecho sofá ocupaba casi toda la habitación y ella lo había convertido en su centro de operaciones. Jutta se parecía a su padre: boca prusiana, nariz romana y piernas fuertes; pero su hija no era así, sino la imagen idealizada de una niña, tal como podría aparecer en la ilustración de un libro infantil. Stella Snow estaba resentida con Selvaggia y su hermano por no parecerse al resto de la familia, y porque no le dirigían la palabra. Jutta odiaba a

Stella desde el mismísimo instante en que la masculina carita de aquella miró hacia arriba desde la cuna y vio a su hermana mayor, que la contemplaba muda de asombro. La llama de la vela tembló, y Jutta y la niña oyeron dos pares de botas subir las escaleras. En el silencio de la noche los pasos resonaban como tambores. Selvaggia corrió al otro cuarto para continuar esperando sola a que volviera su hermano. No tenía sueño. Oyó la puerta abrirse y las palabras *Guten Abend*, y se desentendió de lo que siguió. En la habitación contigua, nosotros tres nos acomodamos en el sofá.

Madame Stella Snow se cepilló el cabello, entre blanco y dorado, colgó el vestido negro de un gancho en la pared y se metió en la cama. Hacía veinte años que vivía en la ciudad, conocía a todos sus habitantes mejor que el alcalde, sentía el dolor de modo más intenso que este, aunque su corazón fuera mucho más duro. A pesar de que no había servicio de correo, a pesar de que nadie se iba ni nadie nuevo llegaba, a pesar de que todos parecían llevar vivos, o muertos, muchos siglos, a pesar de que no había radio, ella estaba al tanto de cuanto sucedía en la ciudad, que ahora parecía un cementerio, estaba al tanto de lo que había más allá de sus límites, estaba al tanto de cada una de sus familias. No había cañerías, no había productos de limpieza, no había llamas que proporcionaran calor, no había palabras, no había comida ni para los jóvenes ni para los viejos. Estaba perpleja. A pesar de su edad, era incapaz de recordar cuándo había empezado todo, puesto que en el fondo era una aristócrata. Stella podía afrontar con coraje cualquier cosa, salvo la mutilación de una parte de sí misma. De ahí que

no pudiera ver a su hijo. Árboles deformes y ventanas que no cerraban bien, uniformes sucios y un individualismo conducente a la muerte inundaban *das Grab*. Incluso ella, padeciendo el hambre, a veces vacilaba a la hora de llevarse el tazón de caldo a los labios. Había pasado una década extraña en el aspecto sexual y ahora se parecía menos que nunca a su hermana. Las ramas de los árboles arañaron la ventana; recordó que el hijo de su hermana seguía fuera. Entonces oyó los golpes en la puerta del sótano.

Alemania se desmoronaba alrededor de Balamir. Calzaba las botas del hijo de un emperador, sentía sobre sus espaldas el bruñido sable del tiempo, el ir y venir de las cosas, el esfuerzo continuado. Cada vez más débil y helado, era el resultado de órdenes repetidas durante años y años. Desde la granja donde nació hasta el sanatorio, pasando por las fábricas de munición, había visto a la gente inclinarse a su paso. Cómo había llegado a creerlo, cómo llegó a pensar que el fantasma del káiser reclamaba venganza, cómo imaginaba que sería honrado en tiempos venideros. Pero también sabía que vivía en un reinado del terror, lo que le llevaba a tirarse de los pelos, como habría hecho su padre. Potentado norteño, fruncía el ceño ante sus súbditos: los árboles, los cristales rotos, las vainas de proyectiles, los restos quemados de mecha, y, a solas, sonreía entre las murallas de su castillo. Era el verdadero e ignorado príncipe de Spitzenton-the-Dein, seguido por los castrados y los faltos de ilusiones, guiado por una mano desconocida a través de los campos de minas, señalados por carteles con una calavera y dos tibias cruzadas. Había espiado la puerta del duque, había visto ir y venir

al prohombre. Balamir solía pasear por los jardines del sanatorio, y ahora, en el declive de su mandato, era acogido en un hogar con un jardín donde una vez piaron los pájaros.

Las emanaciones del canal se volvieron más espesas. El duque acortó un centenar de pies la distancia que lo separaba del niño y luego aminoró el paso. Las grietas y los agujeros del suelo estaban encharcados de rocío.

Yo desenfundé mi pistola y la dejé en el suelo.

Balamir golpeó y arañó la puerta con mayor insistencia, y alzado sobre el último escalón se creyó un caballero con armadura subido a una balconada. Alemania yacía más abajo, en la oscuridad.

—Adelante, pobre criatura —susurró ella, y las trincheras de los campos quedaron repentinamente iluminadas por el resplandor de una vela.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS
EN EL MES DE MARZO DE 2012

S

*Creo que nos hallamos en la calleja de las ratas
donde los muertos perdieron sus huesos.*

T. S. ELIOT